

Amigos que huyen (Marcos 14.27-52)

Joe Schubert

El Salmo 23 es, sin duda, el capítulo más querido de toda la Biblia. Miles de hombres y de mujeres se han consolado y fortalecido en momentos de crisis con las palabras iniciales de ese Salmo, que dicen: «Jehová es mi pastor; nada me faltará». La idea de que el Señor es pastor de Su pueblo ha consolado a muchos durante el transcurso de los siglos.

El cumplimiento de ese Salmo debió de haber sido el propósito que tuvo Jesús cuando se reunió con Sus apóstoles en aquel aposento alto, hecho que ocurrió la última semana de Su vida para observar con ellos la Última Cena. Las palabras que usa Marcos para describir el momento en que terminó la cena y el desplazamiento de Jesús y de los apóstoles desde aquel aposento alto hasta el monte de los Olivos, son indicio de la preponderancia que tenía el símbolo del pastor en los pensamientos de Jesús.

I. UN PASTOR QUE SERÍA HERIDO (14.26-31)

Relata el evangelista en Marcos 14.26-31:

Quando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos. Entonces Jesús les dijo: Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Entonces Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no. Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. Mas él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo.

Este pasaje nos revela cuán claramente Jesús entendía todo lo que le iba a suceder. Cuando salían del aposento alto y anduvieron en medio de la oscuridad del valle para dirigirse al monte de los Olivos, Jesús citó una profecía veterotestamentaria:

«Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas». Estas palabras de Zacarías son palabras de Dios. Dios está profetizando que «habrá un momento cuando el pastor será herido y las ovejas serán dispersadas». Zacarías estaba anunciando los eventos que sucederían durante la última semana de la vida de Jesús: La angustia de Getsemaní, la traición a manos de Judas, el arresto, el juicio y la crucifixión. Todos estos eran parte de la herida de la cual sería objeto el pastor. Podemos ver cómo las ovejas fueron dispersadas si nos adelantamos a mirar el versículo 50, donde se dice de los apóstoles que «dejándole, huyeron».

Es posible que Jesús todavía haya estado pensando en el pastor cuando les dijo a los apóstoles en el versículo 28: «Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea». Recuerde lo que Jesús dijo en Juan 10: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas». En ese mismo capítulo, también dijo Jesús: «Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas [...]». Este mismo lenguaje es el que se usa en Marcos 14. Él estaba tranquilizando a sus apóstoles con la promesa de que después de los sombríos eventos del Calvario, vendrían las glorias de la resurrección. Él iría delante de ellos como pastor, y se encontraría con ellos otra vez en Galilea. Ni una sola vez en todos los evangelios les habló Jesús de la cruz a los apóstoles, sin alumbrarles el panorama con la naciente luz de la resurrección. Sin embargo, ni una sola vez parecieron haber entendido. No querían oír a Jesús hablar acerca de Su muerte, porque no creían en Su resurrección.

II. UNOS APÓSTOLES QUE CONFIABAN EN SÍ MISMOS (14.27-31)

Este pasaje también presenta la confianza en sí mismos de Pedro y de los demás apóstoles. Le

dijo Pedro a Jesús: «Señor, aunque todos se escandalicen, yo no». Esto es lo que Pedro en realidad estaba diciendo: «Señor, yo conozco a los demás hombres que escogiste. No puedes confiar en ellos. Podrían escandalizarse. Es probable que lo hagan. Pero yo te digo: Aunque el resto se escandalice, yo no. Puedes contar conmigo, Señor». Pedro estaba seguro de que él no haría lo mismo que el resto.

Jesús vio el panorama más claramente de lo que Pedro lo vio. Vio que la confianza de Pedro se apoyaba en la más pura determinación humana. Sabía cuán débil podía ser este apoyo, y dijo: «De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces».

Note cómo Jesús fue restringiendo el tiempo hasta precisar el momento en que la negación ocurriría: «hoy», «esta noche», «antes que el gallo cante dos veces». Esto es lo que estaba diciendo: «No pasará mucho tiempo, Pedro, para que esta gran determinación y confianza en ti mismo se desvanezcan por completo. En las pocas horas que quedan de esta noche, antes que el gallo cante en la madrugada, esta lealtad que prometes habrá desaparecido».

Sin embargo, Pedro no se quedó callado e insistió en que Jesús estaba equivocado. Dice Marcos que Pedro habló con mayor insistencia. Dijo Pedro: «Estoy preparado para todo. ¿Cómo puedes pensar que Te negaré? Estoy dispuesto, e incluso ansioso, por dar mi vida por Ti». Pedro estaba tan seguro de sí mismo que no era capaz de ver el peligro.

¿Ha sido usted alguna vez como Pedro? Yo lo he sido. A veces he estado tan seguro de mi propia determinación que confié en que podía resolver cualquier situación a mi manera. Habría dicho lo mismo que Pedro.

Cuando Jesús dijo: «Todos ustedes se escandalizarán de mí», Él usó, para dar la idea de *escandalizarse*, un verbo griego que proviene de una palabra que significa *el cebo de una trampa*. Significa literalmente, en su raíz, coger en una trampa o tender una trampa para hacer que se equivoque. Pedro había olvidado las trampas que la vida puede tender al mejor de los hombres. Pedro había olvidado cómo un buen hombre puede perder el pie cuando anda sobre rocas resbaladizas. Pedro había olvidado cuán débil es en realidad la voluntad humana y cuán fuertes pueden ser las trampas de Satanás. Pero algo debe recordarse acerca de Pedro. Su corazón estaba puesto donde debía. Es mejor ser un Pedro con un corazón que arde de amor, aunque el amor falle por un momento,

que ser un Judas con un corazón frío lleno de odio. Pedro amaba a Jesús. Aunque hubo momentos en que el amor falló, como sin duda fallará en la vida de todos nosotros, ese amor volvió a aflorar.

III. UNA SÚPLICA QUE HIZO SUDAR (14.32-42)

El relato de Marcos continúa con el pasaje cuya lectura casi que nos causa temor, porque nos parece que si lo leemos estaremos entrometiéndonos en la angustia personal de nuestro Señor. Este pasaje comienza en el versículo 32, diciendo:

Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que yo oro. Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad. Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú. Vino luego y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. Otra vez fue y oró, diciendo las mismas palabras. Al volver, otra vez los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño; y no sabían qué responderle. Vino la tercera vez, y les dijo: Dormid ya, y descansad. Basta, la hora ha venido; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega (vers.^{os} 32-42).

Cuando Jesús entró en el huerto de Getsemaní, Él estaba procurando dos bendiciones: comunión con Dios y comunión con sus amigos. Cuando llegan momentos de tribulación nosotros invariablemente deseamos que alguien nos acompañe. No necesariamente deseamos que haga algo. Todo lo que deseamos es saber que está allí. Es muy extraño que precisamente los mismos hombres que habían afirmado su lealtad incluso al punto de dar su vida, fueron tan débiles que no pudieron mantenerse despiertos una hora mientras Jesús oraba.

Hay ciertas verdades acerca de Jesús que resultan claras en este pasaje. En primer lugar, Jesús no deseaba morir. Tenía treinta y tres años de edad, y nadie desea morir cuando los mejores y más prometedores años de su vida parecen estar a las puertas. De todo lo que realmente había esperado realizar, era muy poco lo que Jesús había logrado. Había todo un mundo a la espera de ser

servido y salvado. Jesús también conocía los horrores de la crucifixión, y todo Su ser se estremeaba con sólo pensar en ello. La cruz habría perdido todo su valor si ella hubiera sido fácil para Jesús. Tuvo que obligarse a seguir su marcha hacia la cruz.

En segundo lugar, Jesús no consideró inapropiado suplicarle a Dios. Note el versículo 36: «Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú». Jesús sabía que Dios era accesible, aun en cuanto a lo que tenía que ver con la muerte. Sabía que Dios es quien da la muerte y quien da la vida. Estaba dispuesto a aceptar la decisión que Dios tomara en cuanto a que Él tuviera que morir, pero deseaba sincera y ansiosamente que esa decisión fuera diferente. Así, oró Él, diciendo: «Padre, quita esta copa de mí. Deseo que la cambies. No deseo hacerlo». Pero cuando dijo: «Mas no lo que yo quiero, sino lo que tú», Él hizo la más grande expresión de voluntaria y completa sumisión a Dios. Sin embargo, se estaría despojando al lenguaje usado de todo su significado si tratáramos de quitar el conflicto que hay en esas palabras. Había dos voluntades: «Lo que yo quiero» y «lo que tú quieres». Estaban en conflicto la una con la otra. Jesús oró diciendo: «Que no se haga *Mi voluntad*, sino la *Tuya*». El conflicto era real. Él no quería morir, y se atrevió a pedir una forma de evitarlo.

En tercer lugar, Jesús al final llegó a someterse, de modo completo y total, a la voluntad de Dios. Aceptó la decisión de Dios. Jesús, después de orar muchas horas, se levantó y fue a buscar a los apóstoles y les dijo: «Dormid ya, y descansad. Basta, la hora ha venido; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega». Cuando los propósitos de Dios resultaron claros, Jesús cedió.

Este pasaje también muestra cuán fácilmente fue vencida la inquebrantable resolución y determinación de Pedro en cuanto a ser leal a Jesús. Su resolución se desmoronó por completo por una sencilla razón: Estaba muy cansado para mantenerse despierto. Jesús vino y encontró dormidos a Pedro, a Jacobo y a Juan. Los despertó y le dijo a Pedro: «¿No pudiste velar una hora? ¿No pudo tu resolución durar por lo menos ese tiempo?». Después le dijo a Pedro por qué no pudo hacerlo. Le dijo: «El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil». No era que a Pedro y a los demás apóstoles no les preocupara. Sencillamente no entendían la seriedad de lo que estaba ocurriendo aquella noche. Esta situación se

complicó aún más por el hecho de que estaban completamente agotados en lo físico. El espíritu de ellos, sus corazones, podían haber estado bien, pero su fortaleza física humana, había desaparecido.

IV. UN BESO QUE SELLÓ LA TRAICIÓN (14.43–50)

El párrafo que sigue habla de los resultados que siguieron:

Luego, hablando él aún, vino Judas, que era uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los escribas y de los ancianos. Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, ése es; prendedle, y llevadle con seguridad. Y cuando vino, se acercó luego a él, y le dijo: Maestro, Maestro. Y le besó. Entonces ellos le echaron mano, y le prendieron. Pero uno de los que estaban allí, sacando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja. Y respondiendo Jesús, les dijo: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; pero es así, para que se cumplan las Escrituras. Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron (vers.^{os} 43–50).

La anterior narración constituye un drama cargado de la más pura acción. Aun con toda la economía de palabras que Marcos usa para hacer su relato, se distingue claramente cada uno de los personajes.

Vemos primero a Judas, el traidor. Sabía que las personas que venían a arrestar a Jesús conocían la apariencia de Éste, pero debió de haber pensado que en la oscuridad del huerto por la noche, se hacía necesario que él diera una señal definitiva para que no se equivocaran en cuanto a la persona que debía ser arrestada. Escogió el símbolo de un beso. Era costumbre que se saludara al rabino judío con un beso. Esta era la manera como se mostraba respeto y afecto por un maestro a quien se quería mucho. Sin embargo, algo terrible se observa en Marcos 14. Cuando Judas dijo: «Al que yo besare, ése es», en el versículo 44, él usó la palabra griega *filein*, que es la palabra corriente que se refiere a «beso». Este era el beso que se usaba para saludar a un rabino con afecto y respeto. Pero, más adelante, en el versículo 45, cuando Marcos dice que Judas se acercó a Jesús y le besó, él usó la palabra *katafilein*, que es una palabra que denota un «beso» de mayor intensidad. Esta palabra se usaba para describir el beso de un amante a su amada. La señal de traición de Judas no fue un simple beso formal de respeto, sino un prolongado

e intenso beso, como el de un amante. Nada hay más repugnante, en todos los anales de la traición, que este relato acerca del beso que deliberadamente le dio Judas por medio de una acción intensa, prolongada, obviamente amorosa, y fríamente calculada para no conseguir otra cosa más que sus malévolos propósitos.

En segundo lugar, en este drama se observa la turba que le vino a arrestar. Dice Marcos que esta turba estaba compuesta por los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos. Cada uno de los anteriores grupos correspondía a una de las tres secciones en que se organizaba el concilio, la corte suprema judía. Aun cuando estaba bajo jurisdicción romana, el concilio tenía ciertas responsabilidades y privilegios policiales en Jerusalén. Mantenían incluso su propia fuerza policial. No hay duda de que, aquella noche, las más diversas clases de gente se unieron a la turba cuando ésta pasó por las calles en su marcha hacia el monte de los Olivos.

En tercer lugar, estaba el hombre que sacó la espada y la blandió, hiriendo a alguien, en defensa de Jesús. Marcos no nos dice quién fue este hombre, pero Juan dice en su evangelio que fue Simón Pedro. Pedro todavía estaba tratando de cumplir con lo que se había propuesto anteriormente. Tomó su espada, y cuando los principales sacerdotes y los soldados avanzaron sobre Jesús, comenzó a blandirla en todas las direcciones. Sólo pudo cortar la oreja del siervo del sumo sacerdote. En los relatos de Mateo y de Lucas, éstos nos dicen que Jesús extendió su mano, tocó la oreja del siervo, le sanó y dijo: «Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán» (Mateo 26.52).

En cuarto lugar, están presentes en este drama los apóstoles en sí. No pudieron soportar lo que estaba sucediendo. Tuvieron miedo de correr la misma suerte de Jesús, y por esta razón lo abandonaron.

Por último, estaba Jesús mismo. En toda esta desordenada escena, Jesús fue el único ejemplo de serenidad. Cuando leemos el relato pareciera que era Él, y no el concilio, el que estaba dando las órdenes. Ya para Él había terminado el combate que se libraba en el huerto. Ahora, estaba la paz de un hombre que está seguro y no tiene duda alguna de que sigue la voluntad de Dios.

Marcos añade un breve epílogo en los versículos 51 y 52, epílogo que no debemos perdernos. Dice él: «Pero cierto joven le seguía, cubierto el cuerpo con una sábana; y le prendieron; mas él, dejando la sábana, huyó desnudo». Estos versículos son extraños y fascinantes. Cuando les damos un primer

vistazo no parecen tener relación alguna con lo que se viene narrando. ¿Por qué se incluyen?

Mateo y Lucas no incluyen tales versículos en sus relatos paralelos. Estos versículos aparecen únicamente en el evangelio de Marcos. Aparentemente, Marcos tuvo un interés especial en este hecho. ¿Por qué decidió Marcos incluir estos versículos en su relato? Hasta ahora, la respuesta más probable es que el joven de estos versículos no es otro más que el mismo Juan Marcos, y que esta es su manera de decir: «Yo estuve allí», sin mencionar alguna vez su nombre. No podía olvidar aquella noche. Era demasiado humilde para incluir su propio nombre. Fue de este modo que él incluyó su firma y les dijo a los que pudieran leer entre líneas: «Aunque no fui apóstol, cuando era joven, yo estuve allí aquella noche cuando arrestaron al Señor, y esto fue lo que me ocurrió a mí».

CONCLUSIÓN

En este estudio que estamos haciendo de la vida de Jesús, nos ha impresionado la forma como Éste se preparó para todo lo que le iba a suceder: el malentendido, la oposición, el odio de los dirigentes religiosos judíos, la traición que hizo uno de los de Su propio círculo de amigos íntimos y el dolor y la angustia de la cruz.

Es probable que lo que más le dolió fue que Sus amigos le fallaron. Es cuando el hombre está acorralado que más necesita a sus amigos, y fue precisamente en ese momento cuando los amigos de Jesús le fallaron.

No hubo nada en toda la gama de torturas físicas y emocionales de lo cual Jesús no fuera víctima. Esta es la razón por la que el autor de la epístola de Hebreos puede decirnos con tanto énfasis en Hebreos 4.15–16:

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Cualquiera que sea la necesidad que tenga usted en su vida, Jesús la conoce, la entiende y se compadece de ella. Él está preparado para ayudarle a usted en todo momento de necesidad. Pero usted debe estar preparado y dispuesto a recibir Su ayuda y a hacer Su voluntad, sin importar lo que ello cueste.